

# SEMEJANZA ENTRE UN PASAJE DEL «LAZARILLO» Y OTRO DEL «QUIJOTE»



Por el Dr. FRANCISCO SERRANO CASTILLA,  
Catedrático de Literatura del Instituto  
"Eusebio da Guarda", de La Coruña.

CONTINUAMOS exponiendo nuestra idea de que los comentarios de textos constituyen, aparte del medio ideal para el mejor conocimiento de la Literatura, una fuente inagotable para el estudio de las posibles relaciones y semejanzas entre los autores.

En trabajos anteriores hemos desarrollado esta misma opinión y hoy vamos a ocuparnos de dos textos que consideramos de máximo interés, por pertenecer nada menos que a "La vida de Lazarillo de Tormes" y a "Don Quijote de la Mancha", respectivamente.

En los pasajes que vamos a analizar brevemente puede observarse una indudable semejanza entre el texto de la novela picaresca y el de nuestro primer libro de imaginación y creación literaria, aunque se trate de situaciones y circunstancias completamente distintas.

El pasaje a que nos referimos de la obra que inicia la espléndida floración de la novela picaresca española y que transcribimos a continuación, pertenece a aquel episodio sucedido en Escalona, cuando el ciego dio a Lázaro un pedazo de longaniza para que se lo asase y el astuto y hambriento criado, advirtiendo un nabo pequeño junto al fuego, cambió el sabroso manjar por el ascético nabo, engañando a su amo para que lo tomase en su lugar y marchó a comprar el vino para la comida. Cuando volvió, halló al ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo y que al morderlas y advertir el engaño, increpó duramente a Lazarillo.

Como éste echase a algún otro la culpa de lo ocurrido, queriendo justificarse a sí mismo con la cosa de que venía de traer el vino, el malicioso y socarrón amo quiso comprobar más fehacientemente los hechos.

Dice así el autor de la gran obra del primer período de la picaresca:

"Leuantose y asiome por la cabeza y llegóse a olerme. E como deuió sentir el huelgo, a vso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad y con la gran agonía que lleuaua, asiendome con las manos, abríame la boca más de su derecho y desatentadamente metía la nariz. La cual él tenía lengua y afilada y a aquella sazón con el enojo se auía aumentado vn palmo. Con el pico de la qual me llegó a la gulilla.

"Y con esto y con el gran miedo que tenía y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aun no auía hecho assiento en el estómago, y lo más principal, con el destiento de la cumplidissima nariz, medio quasi ahogándose, todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase y lo suyo fuese buelto a su dueño. De manera que, antes que el mal ciego sacasse de mi boca su tromba, tal alteración sintió mi estómago, que le dio con el hurto en ella, de suerte que su nariz e la negra malmaxcada longaniza a un tiempo salieron de mi boca" (1).

El otro texto objeto de nuestra atención corresponde al capítulo XVIII, de la primera parte del *Quijote*, al descalabro que sufrió nuestro héroe cuando acometió a dos grandes manadas de ovejas y carneros, creyendo que se trataba de dos ejércitos, del gran Emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana, en lucha con el del rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo, porque el primero, pagano, estaba enamorado de la hija del segundo, cristiano, y éste no se la quería entregar sino dejaba antes la ley de Mahoma y se convertía a la suya.

Pese a los sensatos consejos de Sancho, que sí en su creciente aumento de quijotismo llegó a creer que se trataba de ejércitos, luego no pudo volverse de espalda a la realidad cuando oyó los muchos balidos de ovejas y carneros, Don Quijote puso las espuelas a "Rocinante" y lanza en ristre se metió entre las ovejas y comenzó a acometerlas como si se tratase de mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían le dieron voces para que desistiese de su para ellos inexplicable actitud, pero como éstas fuesen desofidas empezaron a arrojar al hidalgo caballero piedras y más piedras acabando con dos de sus costillas y llevándose tres o cuatro dientes y muelas de su boca y machucándole malamente —como dice Cerventes— dos dedos de la mano.

Don Quijote cayó del caballo, los pastores creyeron que había muerto, a todo esto llegó Sancho que hizo ver a su señor que su lucha no había sido con ejércitos, sino con manadas de carneros. Don Quijote siguió en sus trece y le dijo al fiel escudero que se trataba de un encantamiento realizado por envidia de la gloria que el gran caballero hubiese alcanzado en la batalla, e incluso le indicó que si seguía al ganado vería como pronto dejaban de ser carneros y volvían a ser hombres hechos y derechos, si bien a renglón seguido le ordenó que no fuese entonces porque necesitaba de su favor y ayuda.

"Llégate á mí y mira —le dijo— cuántas muelas y dientes me faltan; que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca" (2).

Es de advertir que cuando don Quijote, en plena refriega, sintió sus costillas rotas y se vio mal herido, se acordó del licor que tenía en su alcuza y se llevó ésta a la boca bebiendo del reconfortante hálsamo.

(1) Cito por la edición de Clásicos Castellanos *La vida de Lazarillo de Tormes* y de sus fortunas y adversidades. Edición y notas de Julio Cejador y Frauca. Espasa Calpe, S. A. Madrid, páginas 98-99.

(2) Edición de Clásicos Castellanos, Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. II. Edición y notas de Francisco Rodríguez Marín de la Real Academia Española. Espasa Calpe, S. A. Madrid, capítulo XVIII de la parte primera, pág. 93.

Ahora el licor ingerido va a dar lugar a un episodio semejante al que produjo la longaniza tomada por Lazarillo.

Veamos cómo nos lo cuenta el príncipe de los ingenios españoles:

"Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca; y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

—¡Santa María! —dijo Sancho— y ¿qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.

"Pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza, que él había visto beber; y fue tanto el asco que tomó, que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho a su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar a su amo, y como no las halló estuvo a punto de perder el juicio: maldijose de nuevo y propuso en su corazón de dejar a su amo y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula" (3).

Indudablemente en los mencionados episodios transcritos hay una clara semejanza entre la postura del ciego ante Lazarillo y la de Sancho ante don Quijote; se trata, incluso, de una técnica narrativa similar, aunque las circunstancias sean distintas: el resultado de una acción picaresca en la primera obra y el de una acción caballeresca en la segunda.

Nosotros pensamos que Cervantes, cuya cultura literaria es hoy día cosa axiomática, pudo tener en cuenta la inmortal novela picaresca cuando compuso este capítulo de la obra cumbre de la novelística universal. En cualquier caso, lo que es evidente es que se trata de textos similares.

En ambos observamos una línea un tanto pre-quevedesca, que nos recuerda algún momento del "Buscón", una postura que consideramos claramente "prenaturalista" (4).

Muchas más consideraciones podrían deducirse de los párrafos comentados de dos obras de tan honda significación en la literatura española y universal, pero nuestro propósito de hoy es tan sólo el de que quede constancia de la semejanza apuntada y cómo la lectura de los textos y el subsiguiente análisis de los mismos es una mina para profundizar en el verdadero conocimiento de obras y autores y un camino de indiscutible acierto, plenamente logrado ya en la Enseñanza Media española.

(3) Edición y obra citada, págs. 93-94.

(4) Sería interesante ahondar en esta línea prequevedesca, recurriendo al luminoso estudio de Leo Spitzer: *Zur Kunst Quevedos in seinem Buscon* (Archivum Romanicum, XI, 1927).